

Del éxito popular a la canonización estatal del Martín Fierro

*Tradiciones en pugna (1870-1940)**

Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian

UBA / UNR

UNR

En la escuela nos enseñaron que William Rufus era un rey pelirrojo y malvado, pero no podían esperar que lo odiásemos.
(Richard Digby, en realidad Arthur Rowe, quien ha perdido la memoria, en *El ministerio del miedo*, de Graham Greene, 1943)

1 En la Argentina actual, la convicción acerca de la existencia de una relación evidente entre la figura del gaucho, la nacionalidad y la historia del país parece muy extendida. Hacia 1995, la vigencia de ese acuerdo era planteada críticamente por uno de los historiadores dedicados a la historia agraria en estos términos:

Existe cierto consenso sobre el curso que tuvo la historia del mundo rural pampeano desde los inicios de la colonización española hasta el presente. [...] Este territorio se orientó [...] a la monoproducción ganadera, y surgió también ese mítico personaje de las pampas, el gaucho. Siempre a caballo, recorriendo una tierra sin límites, sin necesidad de trabajo continuo por la posibilidad de apropiarse en cualquier momento de una vaca para satisfacer su hambre y muchas de sus otras necesidades. Valiente, libre, solitario, soñador. Yéndose a una toldería cuando le acosaba la justicia [...]. Ese gaucho se transformó “en héroe y símbolo del Río de la Plata”.¹

* Este artículo es resultado de las tareas llevadas adelante, entre 1998 y 2000, en el marco del Proyecto de Investigación AF03, titulado “Representaciones del pasado en las revistas culturales y los manuales escolares. Argentina, 1890-1940”, cuya sede fue el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, de la Universidad de Buenos Aires, así como de las que se desplegaron en los Proyectos de Investigación y Desarrollo “Entre la historiografía y la literatura”, e “Historia profesional y campo intelectual en la Argentina, 1890-1940”, ambos radicados en el Programa de Fomento a la Investigación Científica y Técnica, de la Universidad Nacional de Rosario. Todos ellos fueron dirigidos o codirigidos por los autores. Una versión previa del trabajo se publicó en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, Roma/Pisa, 2000.

¹ La cita, en J. Gelman, “El gaucho que supimos conseguir. Determinismo y conflicto en la historia argentina”, en *Entre pasados*, año V, No. 9, Buenos Aires, 1995, p. 28. Sobre las varias posiciones en torno de estos temas véanse los artículos de C. Mayo, “¿Una pampa sin gauchos?”, J. C. Garavaglia, “¿Existieron los gauchos?” y J. Gelman, “¿Gauchos o campesinos?”, todos ellos en *Anuario IEHS*, II, 1987, pp. 23-59. Una bibliografía amplia puede consultarse en Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, “Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance”, en *Latin American Research Review*, No. 30, 1995, pp. 108-132.

Sin embargo, tales certezas no estuvieron siempre allí. Por el contrario, ellas se construyeron sólo muy paulatinamente y en medio de controversias intensas, que pasaron de estar animadas por funcionarios y hombres de letras, a convocar, de modos diversos, a grupos sociales más vastos. En la forja de aquellas representaciones, y en su lenta transformación en datos que no se revisaban, puede reconocerse una etapa que se desplegó entre fines de siglo XIX y los últimos años de la década abierta en 1930; en ese lapso, sus escenarios fueron muy variados espacios sociales, en los que intervenía también el Estado. Poetas e historiadores profesionales, filólogos, funcionarios ministeriales e intelectuales dedicados a la política, pero también anónimos lectores del *Martín Fierro*, asistentes a los centros criollistas, oyentes devotos de los “cuentos pamperos” transmitidos por radio todavía en la década de 1930, activistas que promovían un homenaje, participaron de aquel proceso, que involucró de este modo tanto zonas de la llamada cultura letrada como de la popular. Las interpretaciones que se propusieron, muchas veces en disputa entre sí, no sólo estaban fundadas en actitudes ideológicas encontradas sino que, al mismo tiempo, se relacionaron con la pertenencia a un grupo social, a una colectividad étnica o aun a una comunidad profesional.²

Es posible ubicar el inicio de esa etapa a comienzos de la década de 1870, cuando José Hernández publicaba el *Martín Fierro* con gran éxito entre los públicos populares y críticas severas a cargo de buena parte de la élite intelectual. Setenta años más tarde, hacia 1941, el autor de un *Romancero* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras sostenía que “el gaucho propiamente dicho es [...] la vigorosa levadura del pueblo argentino, por cuya libertad arrojó penurias sin cuento desde las primeras horas de la Revolución de Mayo”.³ Ese mismo año, podían leerse los argumentos que un especialista en poesía gauchesca exponía en su estudio del *Martín Fierro*: en opinión de los críticos literarios, planteaba, “el gaucho es el tipo representativo de la nacionalidad”.⁴ A su vez, en las revistas políticas y en las de actualidad, que buscaban públicos más amplios, los autores de caricaturas e ilustraciones apelaban al recurso de evocar inequívocamente al argentino a través de la imagen de un gaucho, no pocas veces convertido de manera explícita en “Juan Pueblo”.⁵

Desde ya, opiniones y actitudes de esta índole no eran del todo nuevas, pero hacia fines de la década de 1930 tuvieron lugar dos fenómenos que merecen atenderse. Por una parte, se hacía evidente, incluso más allá del mundo de los intelectuales y del público culto, lo extendido del acuerdo acerca de la condición que el gaucho exhibía de genuino y excluyente tipo social representativo de la “argentinidad”, y de su papel en la historia nacional. El otro suceso importante fue la incorporación formal de la figura del gaucho al conjunto de rituales estatales

² No parece ser éste el lugar para pasar revista a la amplísima bibliografía referida a la pertinencia de las denominaciones “cultura popular” y “cultura letrada”, al problema de sus relaciones y a las diferentes posibilidades que se abren al aplicar perspectivas como la de la historia de mentalidades o la historia desde abajo. Esbozos recientes de balances pueden hallarse en algunos artículos compilados en I. Olabarri y F. Capistegui (dirs.), *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, en particular el de Peter Burke titulado “Historia cultural e historia total”; más específico es el artículo de W. Beik. “The dilemma of popular history”, en *Past and Present*, No. 141, 1993, pp. 201-233.

³ Cf. I. Moya, *Romancero*, I, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto de Literatura Argentina, 1941, p. 78.

⁴ Cf. E. Tiscornia, “Estudio, notas y vocabulario”, en J. Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Losada, 1941, p. 405.

⁵ Este recurso era muy frecuente; puede consultarse, para esos años, *Ahora*, año II, No. 113, Buenos Aires, 1936, p. 19. Véase también la publicación nacionalista *La Maroma* de los años 1939 y 1940.

celebratorios del pasado de la nación, a través del homenaje al *Martín Fierro* y a su autor. En estos varios niveles, el gaucho había dejado de estar excluido de la definición de la tradición nacional, como ocurría a fines del siglo XIX, para transformarse en uno de sus centros.

Resulta entonces posible sostener que mientras se construía una imagen del gaucho capaz de simbolizar la tradición argentina, se organizaba, en la misma acción, una peculiar visión colectiva del pasado; una visión sumaria, poco desplegada, pero de enorme capacidad de evocación, que ha logrado estabilizarse y perdurar. Como en otros contextos culturales, en esa invención de un pasado se jugaban elementos cruciales para la constitución, o para el intento de constitución, de identidades sociales en clave nacional. El contexto de estos procesos puede concebirse como el de las “agitadas relaciones entre Estado, sociedad civil, identidad cultural y legitimidad”.⁶

Este artículo está dedicado al análisis de algunas de estas cuestiones en el largo plazo, atendiendo al desarrollo de ciertas disputas y discusiones sobre el papel del gaucho en la historia nacional y sobre su condición de “arquetipo de la argentinidad”. No se trata entonces de considerar en una perspectiva acotada cada una de las coyunturas evocadas a lo largo del trabajo, sino de examinar, entre 1870 y 1940, un largo proceso cuyas múltiples derivaciones pueden rastrearse hasta el presente, un “proceso fluido, que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento”.⁷

Una tentativa de esta naturaleza se topa con algunos límites obvios. En principio, conviene tener en cuenta los cambios profundos que la sociedad y la cultura sufrieron, en la Argentina, entre 1870 y 1940; debe evitarse, en consecuencia, la suposición de estabilidad absoluta de actores y argumentos. Pero esa misma circunstancia brinda la ocasión de examinar la construcción de imágenes colectivas del pasado en un período que incluye dos momentos que suelen entenderse importantes: “el pasaje de la cultura oral a la cultura escrita que [...] se efectúa [...] sobre todo gracias a la alfabetización, y la implantación durable de los medios de comunicación de masas”.⁸ Por otra parte, el análisis atañe en muchos casos a escenarios urbanos, en particular porteños, más que a todo el territorio. A su vez, lo que aquí hemos llamado Estado, antes que una estructura uniforme, estática y acabada, era un complejo de reparticiones en construcción, con dinámicas más o menos propias, que tendía a hacerse más complejo y en el cual las diferencias de acuerdo con cada jurisdicción solían ser importantes; finalmente, la apelación a los sectores subalternos parece aludir a una homogeneidad que sabemos dudosa.

Sin embargo, con las precauciones que impone el registro de esas dificultades, entendemos que es posible proponer la explicación de un proceso como el que tratamos, amplio y temporalmente extendido. El intento se funda, por otra parte, en una convicción que Marc Bloch ponía, hace ya muchos años, en estos términos: “para conocer bien una colectividad, es importante, antes que nada, encontrar nuevamente la imagen, verdadera o falsa, que ella misma se formaba de su pasado”.⁹

⁶ Resulta imprescindible, y ya clásica, la cita de E. Hobsbawm y T. Ranger, *The invention of tradition*, Cambridge/ Nueva York, Cambridge University Press, 1982. La cita, en E. Gellner, *Cultura, identidad y política*, Barcelona, Gedisa, 1998 [primera edición inglesa: 1987], p. 10.

⁷ Abusivamente, apelamos a la fórmula que utilizara Edward P. Thompson, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 [primera edición inglesa: 1963], tomo I, p. XIII.

⁸ Véase B. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 31.

⁹ La cita de Bloch, en Massimo Mastreggiori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la histo-*

2 En 1875, Guillermo Coelho, inspector de escuelas de las colonias en Santa Fe, advertía en uno de sus informes que allí “algunos preceptores no conocen el idioma castellano y sólo enseñan el idioma francés y alemán, cuando gran parte de los niños son hijos de este suelo”. Y se preguntaba: “¿De qué nos sirve que los hijos de la patria sepan un idioma extranjero si no saben el idioma nacional?”.¹⁰ Observaciones de este tenor no eran inusuales entre los funcionarios escolares por la época. Pero, desde fines de la década abierta en 1880, políticos, intelectuales, funcionarios del Estado y asociaciones civiles, comenzaron a insistir con perseverancia en la necesidad de consolidar el sentimiento de nacionalidad, ante la llegada continua de grandes contingentes de inmigrantes y los problemas que suscitaba su integración a la sociedad receptora, en una coyuntura peculiar de las relaciones internacionales.

Lilia A. Bertoni, en un estudio sobre ciertos aspectos de ese proceso, ha citado la intervención de Estanislao Zeballos en el Congreso de la Nación, cuando sostenía en 1887 que había “llegado el momento de que el Congreso se ocupe, con cualquier pretexto, y en cualquier circunstancia, de que el extranjero [...] sea afecto a la nacionalidad argentina [porque] puesto que los extranjeros no tienen una patria aquí, se consagran al culto de la patria ausente”.¹¹ Con ese objetivo, se apeló tanto a la revitalización de las fiestas patrias como a la instauración de monumentos, a menudo fracasada; también se tuvieron en cuenta las posibilidades que ofrecía la escuela primaria, y la enseñanza de la historia y el idioma nacional en ellas, para lograr la deseada constitución de una cultura homogénea.

Zeballos aludía a acciones que, impulsadas por asociaciones y activistas inmigrantes, lograban amplias convocatorias entre sus connacionales, manifestándose en nutridos desfiles y movilizaciones que conmemoraban las fechas patrias de los países de origen. Sin embargo, su mirada no había percibido la existencia de fenómenos de otra naturaleza, también relacionados con la constitución de identidades colectivas, que estaban teniendo lugar desde hacía ya más de una década.

Tales procesos se manifestaron con cierta claridad hacia 1872, en ocasión de la publicación de *El gaucho Martín Fierro*.¹² El éxito de la primera edición de esta obra de José Hernández, plagada de erratas y en papel barato, hizo evidente la presencia de un público popular, que hasta el momento la cultura letrada rioplatense no sólo despreciaba potencialmente, sino del cual ignoraba su efectiva existencia. Tal ignorancia se revelaba tanto en los cánones literarios definidos por la élite intelectual como en las políticas editoriales y en los canales establecidos para la circulación de bienes culturales.¹³

ria o el oficio de historiador, México, FCE, 1998, p. 42; datos sobre su localización en p. 108. Acerca de estas cuestiones, remitimos a Alejandro Cattaruzza, “Por una historia de los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado”, en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, XVI, I-III, Roma/Pisa, 1995, pp. 163-192. Señalamos, por otra parte, que sólo ocasionalmente se utilizarán en este trabajo aproximaciones cercanas y disponibles, que pueden hallarse en la producción referida a la llamada “conciencia histórica”, la memoria y la memoria colectiva.

¹⁰ En Archivo de la Legislatura de la Provincia de Santa Fe, Cámara de Senadores, Actas de 1872 a 1881, folio 94.

¹¹ Citado en L. A. Bertoni, “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 5, 1992, pp. 77-109. Remitimos a este trabajo para los temas en cuestión.

¹² Voluntariamente eludimos algunas aproximaciones posibles al *Martín Fierro*, particularmente la que resulta de la confrontación del poema con la labor periodística y el derrotero político de Hernández. Respecto de este punto, sin duda la investigación más exhaustiva es la que llevó a cabo Tulio Halperin Donghi en *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985. Véanse en particular pp. 289-317.

¹³ En torno de estos problemas, cf. A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; J. Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Suda-

La venta de 48.000 ejemplares de la obra entre 1872 y 1878, junto con las once ediciones publicadas entre esos años, son prueba del impacto que el poema había producido en lectores que se distribuían, en su mayoría, entre las orillas de la ciudad de Buenos Aires, en trance de expandirse, y la extensa campaña bonaerense. El éxito llevó a Hernández a editar en 1879 una secuela, titulada *La Vuelta de Martín Fierro*, que obtuvo una repercusión similar a la de su antecesora. En la década de 1870, para alcanzar la categoría de éxito en el mercado cultural bonaerense –que era por entonces una buena parte del mercado nacional–, bastaba una venta que oscilara entre 500 y 1.500 ejemplares. La amplia recepción del poema de Hernández provocó, en ese horizonte, una fuerte reacción de muchos hombres de letras, quienes con frecuencia lanzaron críticas adversas a la obra.

Cierto es que un sector de la crítica puso el acento en los riesgos que el libro acarrearía para los asuntos públicos, atendiendo al carácter de denuncia de la situación social que parecía dominar la primera parte del poema: un pacífico campesino que se ve empujado, por las injusticias que las autoridades cometieron, al mundo del delito y, finalmente, al desierto. Esa lectura, preocupada por el impulso que el texto pudiera dar a la crítica social o al abandono de pautas morales entre el público, no tenía como destinatario exclusivo el *Martín Fierro*, sino que incluía en su condena algunos de los folletines de prestigiosos escritores franceses que habían alcanzado una notable repercusión en la prensa, como *Naná* de Emile Zola o *El affaire Clemenceau* de Dumas.

Sin embargo, en el caso del poema de Hernández, la preocupación era desatada especialmente por su difusión entre un público extraño a las élites, que leía el poema o accedía a él a través de otras prácticas, ratificando que la crítica letrada no actuaba con eficacia sobre la recepción popular. Este contraste se manifiesta en el juicio publicado en el *Anuario Bibliográfico de Buenos Aires*, dirigido por Manuel Navarro Viola, acerca del drama en verso *Espinas de una flor*, de Francisco Compadrón. Allí se sostenía que, al igual que el *Martín Fierro*, se trataba de dramas representados en los arrabales de la ciudad por negros que los habían adaptado corrompiendo su lenguaje. En la interpretación del crítico, era precisamente esa profana divulgación de los poemas, que no carecían de cierta belleza, la que los había alejado de la gente culta de la ciudad.¹⁴

Las evidencias acerca de la existencia de estos públicos populares nada dicen, sin embargo, del proceso de su constitución. Se ha conjeturado que la ampliación del público lector fue el resultado de las políticas alfabetizadoras que el Estado había llevado adelante desde comienzos de siglo XIX, y en particular a partir de los años próximos a 1860. Sin embargo, aun

americana, 1988; L. Rubinich, “El público de ‘Martín Fierro’ 1873-1878”, en *Punto de Vista*, año IV, No. 17, Buenos Aires, 1983; B. Sarlo y M. T. Gramuglio, *Historia de la literatura argentina 2. Del romanticismo al naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1980-1986, pp. 1-48; A. Eujanian, *Públicos, autores y editores. La cultura argentina en los años de la organización nacional*, en M. Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 (“Nueva Historia Argentina”, IV), pp. 545-605. Muchos de los temas aquí asumidos han sido tratados por Ezequiel Martínez Estrada en *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, México, FCE, 1948; algunos de los argumentos expuestos allí habían sido anticipados en “Lo gauchesco”, publicado en *Realidad*, año I, No. 1, Buenos Aires, enero-febrero de 1947, pp. 28 a 46, artículo que citaremos más adelante. Para un período anterior, sugerimos la consulta de N. Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé, 1993 [primera versión inglesa: 1991].

¹⁴ Véase *Anuario Bibliográfico de Buenos Aires*, I, 1, 1880, p. 67. En “Lo gauchesco”, cit. en nota 14, Ezequiel Martínez Estrada destacaba, en este sentido, que había sido el “número de lectores [...] lo que levantó una protesta en la clase culta”; véanse pp. 43 y 44.

reconociendo su importancia, es excesivo colocar ambos fenómenos en una relación directa de causa-efecto.¹⁵ Por otra parte, como ya ha apuntado Roger Chartier en referencia a otros casos, el analfabetismo no constituía por sí solo un límite fatal para el acceso al material impreso y, al mismo tiempo, la alfabetización tampoco suponía el surgimiento automático de un nuevo tipo de lector.¹⁶ Los canales de circulación que terminaban organizándose en la campaña sobre los recorridos de vendedores ambulantes, y la venta en las pulperías, colocaban los libros al alcance de un público ajeno al circuito de las librerías y las bibliotecas de las ciudades. A su vez, la lectura en voz alta para un auditorio reunido alrededor del fogón y la declamación de fragmentos del poema memorizados se transformaban en medios de difusión entre la población analfabeta, lo que generaba un efecto multiplicador del público de la obra.¹⁷

Es casi innecesario señalar que esos auditorios no constituían el universo completo de los grupos populares, y que las prácticas de estos grupos no se ceñían exclusivamente a la lectura y el recitado. Sin embargo, el estudio del público popular puede ser una vía de entrada al mundo cultural de los sectores subalternos. Para los lectores nativos –gran parte de ellos, insistimos, de origen popular y afincados en la zona pampeana–, la recuperación de esa tradición criollista parece haber sido una manera de enfrentar el proceso de modernización, a partir de representaciones construidas con elementos de una realidad social que, si había existido alguna vez con las características que se le atribuían, estaba en camino de desaparecer a fines del siglo XIX. Las observaciones de Baczkó acerca de la transmisión de recuerdos, símbolos y rituales a través del contacto intergeneracional, en lo que llama la “memoria a mediano plazo”, pueden brindar en este caso una pista a seguir, aun con dificultad.¹⁸ En tanto, para los inmigrantes, que hacia 1869 eran aproximadamente el 12% de la población total, la adopción de rasgos de lo que se suponía era la cultura criolla podía constituirse en una herramienta de integración social, en un país que no terminaba de asimilarlos políticamente.¹⁹

En la producción de los grupos ilustrados, por el contrario, los elementos criollistas se hallaban expurgados o eran convertidos en motivo de escarnio. Muchos funcionarios públicos, a su vez, tendían a ver en hábitos que presumían gauchescos peligrosos presagios de indisciplina social. Así, el mismo año en que se publicaba *Martín Fierro*, el inspector de escuelas Guillermo Wilcken hacía referencia, con marcada inquietud, a la apropiación que los inmigrantes estarían realizando de ciertas prácticas adjudicadas al gauchaje en las colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe:

¹⁵ Los índices de analfabetismo eran todavía demasiado altos: de acuerdo con el Censo Nacional de 1869, el analfabetismo alcanzaba, en todo el territorio, al menos a 1.000.000 de personas sobre una población total de 1.736.923 habitantes. Se calcula que en la campaña de Buenos Aires –donde residía el grueso de los lectores del poema–, el 77% de los peones no sabían leer. Entre los comerciantes, donde predominaban los inmigrantes, el analfabetismo llegaba al 50%. La estructura administrativa del Estado se hallaba todavía en trance de consolidarse, y su debilidad afectaba también a la escuela, no el único, pero sí el principal agente de alfabetización. Datos y estadísticas referidos a estos temas figuran en la edición de los resultados del censo, publicada en Buenos Aires, y también en J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina 1880-1910*, Buenos Aires, Solar, 1986; H. Sabato y L. A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; A. Puiggrós, *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Buenos Aires, Galerna, 1991.

¹⁶ Puede consultarse, por ejemplo, R. Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1994, y *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1996, passim.

¹⁷ Véase, acerca de estos problemas, B. Sarlo y M. T. Gramuglio, “Martín Fierro”, en *Historia de la Literatura Argentina, Del Romanticismo al Naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1980-1986, p. 37.

¹⁸ Véase Baczkó, *op. cit.*, p. 186.

¹⁹ Véase A. Prieto, *op. cit.*, p. 18. El porcentaje de inmigrantes creció, entre 1869 y 1895, del 12% a poco más del 25%.

Los habitantes de las colonias pertenecen por lo general a la clase más ínfima de Europa. Gente robusta, pero sin educación, que en el viejo mundo vivió en cierta esfera de esclavitud, a causa de la apremiante necesidad [...] jamás conoció los goces de lo que puede llamarse diversiones inocentes, juegos públicos. [...] Esta gente que arriba como inmigrante, y que se constituye como colono, poniéndose en contacto con nuestro gauchaje, acaba de apoderarse como éstos del vicio de la pulpería [...].²⁰

La observación de Wilcken planteaba la primacía de los “vicios populares” autóctonos sobre los importados; años más tarde, el cuadro sería invertido, lo que convertía a los inmigrantes en agentes de “contaminación” de la cultura auténticamente argentina.

Como hemos señalado, el aparato estatal comenzaría poco después a desplegar acciones más amplias buscando consolidar identidades en clave nacional y cívica. Desde ya, ellas estaban lejos de ser uniformes en lo que hace a los contenidos que se proponían para esa pedagogía cívica, y su intensidad variaba; sin embargo, la tendencia se manifestó con claridad desde fines de la década de 1890 y se sostuvo por décadas. Ese esfuerzo convocó y fue en muchos casos alentado también por hombres de la cultura, que compartieron el anhelo de hacer de esos gauchos e inmigrantes unos mucho más previsibles y disciplinados “ciudadanos y patriotas”. Estas dos últimas condiciones, asociadas con virtudes cívicas y aun morales, ocupaban en cambio un lugar muy poco destacado en la imagen del gaucho que comenzaban a construir los grupos populares. Así, la invención del gaucho puede ser leída como expresión de una resistencia cultural, tenue e incierta, que anunciaba la organización de identidades alternativas a la propuesta desde el Estado y desde los sectores ilustrados. La historia argentina posterior impide, sin embargo, atribuir a esa identidad diversa un carácter disruptivo frente al orden político y social establecido.²¹

Si se atiende a la situación en la primera mitad del siglo XIX, es posible registrar una inversión de roles, que vuelve a demostrar la complejidad de los vínculos establecidos entre las culturas subalternas y las dominantes. En las décadas iniciales del siglo XIX, “mientras se fabricaba al gaucho en la realidad, también se lo fabricaba en la ficción, para justificar la ofensiva proletarizadora y militarizadora de la época”. La creación del gaucho en la ficción, en aquel período, se fundaba más en la “infinitud de escritos de funcionarios y estancieros” que en textos literarios, y resultaba una operación de los sectores dominantes rioplatenses.²² Medio siglo más tarde, parecían ser los grupos subalternos los que se apropiaban de la figura del gaucho, inventándose una tradición desde ya tan ajena a “lo efectivamente ocurrido” como cualquier otra. Ellos encontraron en los valores, costumbres y representaciones de las cuales

²⁰ Cf. G. Wilcken, *Las Colonias. Informe sobre el estado actual de las Colonias Agrícolas de la República Argentina, presentado a la Comisión Central de Inmigración por el Inspector Nacional de ellas*, Buenos Aires, s/e, 1872, p. 308.

²¹ Cabe señalar que no se plantea aquí la existencia de una suerte de nacionalismo popular espontáneo en la Argentina. Tampoco asumimos el planteo de Gramsci en torno de la existencia de un sentimiento nacional-popular opuesto al sentimiento nacional, ligado el primero a “la realidad” y a factores e instituciones objetivas –la lengua, la cultura, entre otras–, y considerado el segundo puramente subjetivo y propio de los intelectuales. Véase *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p. 59. En cuanto a la cuestión del patriotismo en el *Martín Fierro*, señalaba Martínez Estrada en 1947 que en la obra “ha desaparecido en absoluto el sentimiento patriótico, y esa ausencia de la sustancia mater de toda nuestra literatura acentúa su propio sabor arcaico, de obra que pudo haber sido escrita antes de la Revolución”. Cf. “Lo gauchesco”, cit., p. 31.

²² Cf. J. J. Gelman, *op. cit.*, pp. 34 y siguientes.

la tradición gauchesca era portadora, el material inicial para forjar una identidad anclada en una etapa de la Argentina criolla que la élite social e intelectual juzgaba, ahora, irremediable y felizmente superada. Paradójicamente, la modernización había creado las condiciones para la aparición de públicos que hallaban un principio de identificación en el pasado que los propios empeños modernizadores buscaban abolir.²³

Los hombres de letras, por su parte, seguían con cierta atención los derroteros de sus obras entre los públicos amplios, y el propio José Hernández intentó con celeridad volver a encauzar el sentido que los lectores habían asignado a su obra. Dos años después de su edición original, en el “Prólogo” a la octava edición de 1874, Hernández demostraba su preocupación por las consecuencias morales que en esos públicos inesperados podía provocar la lectura del poema, destacando que era la integración del peón a la vida civilizada lo que esperaba que su texto transmitiera. Por ese camino, imaginaba Hernández, se lograría que olvidaran su condición de parias para convertirse finalmente en ciudadanos. En 1879, al publicarse *La Vuelta de Martín Fierro*, la operación destinada a restablecer el sentido en el que debían leerse sus creaciones se encontraba concluida. *La vuelta...* mostraba un gaucho arrepentido por sus errores, más dispuesto a dar consejos que a resistir la acción de la autoridad; explícitamente, en el “Prólogo”, el autor se preocupaba por demostrar de qué modo, “con medios rigurosamente escondidos”, su poema podía cumplir un fin moralizante, una vez ganada la complicidad del lector. Pero es sabido que los intentos de los autores por develar, e imponer, el sentido en el que sus creaciones deben leerse son vanos. Aquella interpretación del poema en clave de denuncia que, sin dudas junto a otras, ensayaron los públicos populares, se reveló muy duradera y reapareció en múltiples oportunidades, hasta la segunda mitad del siglo XX.²⁴

El *Martín Fierro*, por estas sendas, comenzaba a convertirse no sólo en un relato de las injusticias sufridas por los miembros de los sectores populares sino en una interpretación histórica dado que el poema remitía al pasado, un pasado individual pero potencialmente colectivo, y su héroe empezaba a ser visto como el habitante que, desde tiempos remotos, había poblado estas tierras. La obra convocaba a su lectura como una representación del pasado; sin aspiración alguna de erudición, y menos directa en sus referencias que aquellas ofrecidas por los pocos intelectuales dedicados a la investigación histórica, resultaba sin embargo más adecuada a las expectativas, intereses, hábitos de lectura y de sociabilidad de los lectores populares.

Por su parte, la alta historiografía producida en esta coyuntura, a pesar de las polémicas que, como la librada entre López y Bartolomé Mitre a comienzos de la década de 1880, cada tanto la sacudían, era una de las expresiones de un consenso amplio entre la élite política y social, que esta vez se tejía en torno de los itinerarios que la nación habría seguido a lo largo del siglo XIX, luego de Mayo, que era concebido como el “momento culminante de la histo-

²³ Joaquín V. González, en 1888, trazaba una genealogía de la tradición nacional que recuperaba las raíces indígenas precolombinas y la cultura hispánica como escalones sucesivos de un proceso ascendente del que la Argentina criolla sería a la vez consecuencia y superación. Los gauchos, en ese relato, representaban una paradoja que, en rigor, no permitía asimilarlos plenamente. Concebidos como hijos genuinos de la tradición, representaban también una nefasta influencia en la evolución institucional del país. Joaquín V. González, *La tradición nacional*, Buenos Aires, La Facultad, 1912. Sobre González, véase el parágrafo titulado “Modernidad y tradición en J. V. González”, en M. Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 89 y ss.

²⁴ Las citas, en José Hernández, “Cuatro palabras de conversación con los lectores”, en *Martín Fierro*, Buenos Aires, Biblioteca de Literatura Universal, 2000, pp. 89-93.

ria argentina”. Esa interpretación, cuyos grandes rasgos gozaban de una aprobación extendida, relataba la historia de una colectividad que, guiada por sus héroes, había logrado sobreponerse a la etapa de las guerras civiles para alcanzar la organización nacional e iniciar el camino hacia el progreso.²⁵ Para los sectores populares, tanto de origen nativo como extranjero, la producción de la historiografía erudita era demasiado ajena como para transformarse en agente de difusión de algún sentimiento identitario estructurado en torno de la pertenencia a una nación. La escasa eficacia de esa producción, más allá de sus contenidos, iba en paralelo con la de dos de los soportes privilegiados para su difusión, el libro y la escuela.

En el caso de la escuela, los problemas vinculados con la infraestructura, la ausencia de maestros calificados, los altos índices de deserción escolar y la competencia que inicialmente representaban las escuelas controladas por las colectividades, constituían obstáculos para el avance del proceso de penetración social. Hacia fines de siglo, mientras la población seguía creciendo y la sociedad se hacía más compleja, la escolarización entraba en una meseta que resultó difícil de franquear hasta entrado el siglo xx.²⁶

En cuanto a los libros, los 48.000 ejemplares de *Martín Fierro* vendidos entre 1872 y 1878, a un promedio de unos 8.000 por año, contrasta con los mil de la *Historia de Belgrano*, cuyo autor, Bartolomé Mitre, modelo de historiador erudito, lograba colocar entre el público culto que accedió a la segunda edición de 1859; por ello, en el Prólogo a la tercera edición de la obra, aparecida en 1876, Mitre no sólo se mostraba más que satisfecho con esa cifra sino que justificaba la publicación apelando a ese dato. Pero, por otra parte, el libro competía con desventaja con el folletín en el mundo de los lectores populares, a pesar de la excepción que representó la obra de Hernández. Durante mucho tiempo, el folletín fue considerado un género menor y en muchos casos hasta pernicioso, aunque los autores cultos lo frecuentaran. Desde el punto de vista formal, sin embargo, el sistema del folletín cubrió más acabadamente las demandas de los públicos ampliados y colaboró en la expansión de nuevos hábitos de lectura.²⁷

Fue Eduardo Gutiérrez, desde el periódico *La Patria Argentina*, uno de los primeros en captar la demanda representada por los nuevos lectores; su obra significó el paso del folletín de alcoba impuesto por el romanticismo francés, a la manera de Dumas y Sue, a uno en el cual el protagonista era, nuevamente, un gaucho.²⁸ En su obra más popular, *Juan Moreira*, de 1880,

²⁵ La cita corresponde a J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Solar, 1983 [primera edición: 1965], p. 31. Remitimos, acerca de estos temas, a A. Eujanian, “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”, *Entrepasados*, No. 16, Buenos Aires, 1999, pp. 9-24, y a E. Palti, “La *Historia de Belgrano* de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 21, 2000, pp. 77-100.

²⁶ Véase J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, cit., p. 133.

²⁷ El éxito de *Martín Fierro* podría utilizarse como impugnación a lo afirmado, pero debe tenerse en cuenta lo señalado sobre sus características materiales y formales. Para un período posterior, el problema del folletín y sus lectores ha sido analizado por B. Sarlo en *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.

²⁸ El folletín de Gutiérrez fue para la crítica culta el paradigma de una literatura venal, promotor de un género cuyo éxito era asociado con su capacidad para apelar a los bajos instintos de los lectores. Refiriéndose a él, Ernesto Quesada diría: “Todos los que viven en pugna con la sociedad, desde el ladrón hasta el desterrado de la fortuna [...] todos los fermentos malsanos de la sociedad experimentaron verdadera fruición al leer las hazañas de esos matresos [...]”, “El criollismo en la literatura argentina”, en A. Rubione (comp.), *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, 1983, p. 137. Un juicio similar le merecía a Martín García Mérou: “El autor de los dramas ha encontrado el origen de una popularidad que no discuto y que es uno de los hechos que condenan el género de sus escritos, falseando las nociones más rudimentarias de la moral, levantando la plebe contra la cultura social y haciendo responsable a la justicia de las acciones de un hombre dejado por la mano de Dios”, citado por Alejandra Laera en “Prólogo”, *Juan Moreira*, Buenos Aires, La Biblioteca Argentina, Clarín, 2001, p. 7.

el gaucho carecía de la ejemplaridad del héroe clásico: a diferencia del personaje del poema de Hernández, que huía del mundo y de la autoridad forzado por el azar y la mala fortuna, Moreira, “empujado a la pendiente del crimen”, ya no tenía posibilidades de retorno, ni tiempo para el arrepentimiento.²⁹

La imaginación popular, sin embargo, hizo de Moreira un héroe rebelde contra las injusticias del poder político, y en esa clave se siguió leyendo el texto hasta la década de 1970, cuando menos; el trágico final del gaucho, al ser sorprendido por una partida policial, resultaba en esa lectura una redención antes que una condena. A mediados de la década de 1880, el circo criollo, un espectáculo ciertamente popular, se apropió del relato de las peripecias de Moreira, transformándolo en la base de una representación teatral. La historia se expandió aún más en su nuevo formato: como pantomima en los primeros tiempos, y posteriormente en una versión con diálogos, constituyó un notable suceso de público.³⁰

Es posible conjeturar que muchos de quienes accedían a la historia de Moreira, fuera a través del folletín o de la representación teatral, disponían de una enciclopedia que les permitía traducir el relato en el sentido que mencionamos.³¹ La figura del bandolero rebelde contra la autoridad formaba parte del tesoro cultural de los grupos populares campesinos de Europa todavía a mediados del siglo XX, como ha señalado Hobsbawm, y del mundo aldeano provenían muchos de los inmigrantes que llegaban a la Argentina en las últimas décadas del siglo XIX. El propio Hobsbawm destacó lo uniforme y extendido tanto del fenómeno como del mito del bandolero. En la Argentina, ya la recepción del *Martín Fierro* insinuaba una interpretación en ese sentido; demostrando la persistencia de esa lectura, y de rasgos asociados con ella específicamente autóctonos, la tumba de Juan Bairoleto, un bandolero generoso con los humildes muerto a tiros por la policía de Mendoza en 1961, indica que en ese lugar “yace el último gaucho”, y es todavía en la actualidad un sitio de veneración popular. Poco cuenta en estos casos, es obvio, que se trate de bandoleros efectivamente existentes o de bandidos de ficción.³²

A estas reinterpretaciones de creaciones literarias se sumaría, a partir de la década de 1890, la actividad de centenares de centros criollistas con una gran convocatoria popular, cuya presencia significativa se prolongaría, al menos, hasta la década abierta en 1920. Allí, la lectura, el baile, la recuperación de la vestimenta, los recitados y las canciones que se querían tradicionales, eran elementos importantes en la constitución de una sociabilidad particular, que contribuía a la organización de pertenencias a comunidades imaginarias, uno de cuyos ejes se hallaba, como siempre, en el pasado.³³ El mercado editorial musical, por ejemplo, estaba do-

²⁹ Juan Moreira se publicó entre noviembre de 1879 y enero de 1880 en la sección “Dramas policiales” del periódico *La Patria Argentina*. El éxito del folletín agotó la edición en libro que, rápidamente, agotó 10.000 ejemplares. La cita, en E. Gutiérrez, *Juan Moreira*, cit., p. 15.

³⁰ Véase A. Prieto, *op. cit.*, p. 66.

³¹ Sobre un problema que no es exactamente el que aquí se trata, pero que se le aproxima, sugerimos el artículo de S. Fish, “¿Hay algún texto en esta clase?” [1987], en E. Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

³² Acerca de estos problemas, véase E. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1974, en particular el capítulo titulado “El bandolero social”. Por su parte, el mencionado Quesada consideraba al gaucho matrero como un verdadero *outlaw*, y lo incorporaba a una tradición a la vez literaria, *Las aventuras de Rocambole*, y social: las vendettas corsas, la mafia siciliana, la camorra calabresa y la campaña europea de los peores tiempos medievales; *op. cit.*, p. 137.

³³ Sobre los centros criollistas, remitimos a A. Prieto, *op. cit.*, pp. 145 y ss. Puede atenderse, en este punto, la observación realizada por P. Burke, en *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000 [primera edición inglesa: 1999],

minado en esos años por “gatos, estilos, chacareras, vidalitas o el pericón”, todos ellos tipos característicos de la “música rural tradicional argentina”, que se vendían en “versiones para canto y piano o canto y guitarra”. Naturalmente, las tradiciones que estas prácticas buscaban recuperar no sólo eran invenciones relativamente libres, sino que su materia prima era fundamentalmente literaria, mucho más que rigurosamente histórica. Así, a pesar de la heterogeneidad social, cultural y de origen de los grupos involucrados, un horizonte de interpretación común del pasado de la sociedad, del que se nutría la tradición, comenzó a afirmarse entre ellos.³⁴

De la popularidad del criollismo y de lo resistente de la imagen del gaucho rebelde parecía tomar nota, poco después, el intelectual anarquista Alberto Ghirardo, quien llamaba *Martín Fierro* a la publicación que bajo su dirección aparecía en 1904, luego transformada, por algún tiempo, en el suplemento cultural del periódico ácrata *La Protesta*. Allí sostenía Ghirardo:

[El poema *Martín Fierro*] es el grito de una clase en lucha contra las capas superiores de una sociedad que la oprime, es la protesta contra la injusticia [...], es el cuadro vivo, palpitante, natural, estereotípico de la vida de un pueblo. Y José Hernández, su creador.³⁵

La actitud de Ghirardo no se detenía en ese punto: la publicación incluía una sección titulada “Clásicos criollos”, en la que se publicaban los autores criollistas del siglo XIX, y una columna firmada por Camilucho Tresmarías, que de manera más explícita enlazaba las desventuras del gaucho con la prédica anarquista. En muchos casos, la figura del gaucho se hacía devenir en la del proletario urbano de la época.

Posiciones de este tipo no eran habituales en la izquierda argentina; quizás ellas se deban, en este caso, a una estrategia de coyuntura. Poco antes, en 1902, había sido sancionada la ley de residencia, en el marco de permanentes observaciones de funcionarios y periodistas que denunciaban la condición extranjera de muchos activistas anarquistas como la razón última de su militancia. Un anarquismo acriollado, parece calcular Ghirardo, estaría menos expuesto a esas críticas en un marco de represión severa; también nosotros, parece decir la decisión de invocar al gaucho, compartimos la tradición de estas tierras. De todos modos, esta posibilidad explicativa no debe relegar otras circunstancias al olvido: es dudoso que un grupo de intelectuales vinculados con el anarquismo hubiera apelado a un complejo simbólico que no tenía demasiados antecedentes en su propia tradición si no le atribuyera alguna virtud en su empresa de conquista de las conciencias obreras y populares.

p. 71, que retomamos más adelante: indica que las acciones, de las que los rituales forman parte, “constituyen recuerdos, pero también tratan de imponer determinadas interpretaciones del pasado, moldear la memoria y por tanto, construir la identidad social”. Burke, de todas maneras, se refiere a los rituales conmemorativos estatal-nacionales.

³⁴ Cf. H. Goyena, “El tango y el tradicionalismo en Buenos Aires en la década del veinte. Una aproximación”, en [Instituto de Teoría e Historia Del Arte “J. Payro”/CAIA], *Ciudad/Campo en las artes en Argentina y Latinoamérica*, Buenos Aires, FFyL, 1991, pp. 127 y 128.

³⁵ Cf. “Martín Fierro”, I, Buenos Aires, 13 de marzo de 1904. Al respecto, recomendamos la consulta del trabajo de A. L. Rey, “La revista *Martín Fierro* como suplemento cultural de *La Protesta*. Proyecto político y proyecto cultural del anarquismo a principios de siglo”, mimeo, ponencia presentada en las V Jornadas InterEscuelas de Historia, Mar del Plata, 1995. Muchos de los argumentos aquí expuestos acerca del emprendimiento de Ghirardo se inspiran en el trabajo citado. Consultar también, sobre estos puntos, J. Suriano, “Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, III ser., 15, 1997, pp. 77-100. Cf. “Martín Fierro”, I, No. 1, Buenos Aires, 3 de marzo de 1904.

En mayo de 1910, la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo se transformó, entre otras cosas, en el momento de balance de un siglo, que ha sido examinado desde distintas perspectivas. En relación con el problema que asumimos, cabe señalar que la presencia de la figura del gaucho en la iconografía y la literatura oficial que celebraba el Centenario fue muy débil. Ello bien podría explicarse por la reconocida voluntad de exhibir una nación pujante y moderna, cuyo paradigma era sin duda la ciudad de Buenos Aires; el gaucho desentonaba en aquella imagen de conjunto. Pero deben recordarse también otras circunstancias: en la propia conmemoración estaba entramada la celebración de un pasado, y él fue, una vez más, el pasado de los héroes patricios. La reconsideración de la herencia española, la aparición de las primeras expresiones del llamado nacionalismo cultural, y aun un “criollismo [que] parecía robustecerse en la imaginación de los sociólogos”, fueron insuficientes para incorporar al gaucho en los festejos oficiales. Todavía en 1910, la nación era capaz de organizarse simbólicamente sin atender a su figura.³⁶

Pero muy pocos años más tarde, en una nueva vuelta interpretativa a cargo de los hombres de letras, el poema de Hernández sería elevado a la condición de obra central de la literatura nacional. En esta oportunidad, algunos intelectuales hallaron allí el núcleo de una nacionalidad que, una vez más, sospechaban amenazada por el aluvión inmigratorio. Simultáneamente, tendían a su utilización en la defensa de los derechos que, creían, le asistían a la élite criolla cuya hegemonía política comenzaba a ser puesta en duda por la sanción de la nueva legislación electoral de 1912, y naturalmente por el ascenso social de algunos de los recién llegados.³⁷ La inscripción del poema de Hernández en una tradición a la vez aristocrática y nacionalista tuvo su episodio más significativo en las conferencias dictadas por Leopoldo Lugones en el teatro Odeón de Buenos Aires en 1913, publicadas luego con el título *El Payador*; en ellas, el poeta modernista filiaría a *Martín Fierro* con los poemas homéricos.³⁸ Desde otras coordenadas ideológicas, que combinaban elementos del nacionalismo cultural con posiciones laicas y democráticas, Ricardo Rojas lo instalaba en la huella de la épica medieval, tanto en la apertura de su curso de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras como luego en su *Historia de la literatura argentina*. Más allá de las diferencias, tanto Lugones como Rojas consideraban al *Martín Fierro* el poema nacional por excelencia al mismo tiempo que lo integraban a vertientes de la literatura universal.³⁹ Pero más importante aún era que propiciaban un cambio en el centro de las cuestiones atendidas: de la controversia sobre la moral de su protagonista se pasaba a ponderar las virtudes estéticas del poema.

³⁶ La cita, en J. L. Romero, *El desarrollo...*, cit., p. 65. Véase [Taller de Historia de las Mentalidades], “La Argentina de 1910: sensibilidad, alegorías, argumentos en torno de un Centenario”, en *Estudios Sociales*, III, No. 4, 1993. Allí sólo se registra un poema popular de homenaje al gaucho. Véase también M. Gutman y Th. Reese (eds.), *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

³⁷ Remitimos a C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 97-100; véase también C. Payá y E. Cárdenas, *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, y M. Svampa, *El dilema...*, cit., en particular pp. 108 y siguientes.

³⁸ Cf. L. Lugones, *El Payador*, Buenos Aires, Centurión, 1961, p. 16. De todos modos, las conferencias de Lugones, como gran parte de la literatura dedicada a dilucidar el problema de la nacionalidad, forma un *corpus* con las discusiones literarias que enfrentaron a románticos y neoclásicos y, posteriormente, con los debates en torno del purismo de la lengua y del criollismo a comienzos del 1900. Sobre el particular, A. Rubione, *op. cit.*

³⁹ Véase R. Rojas, *Historia de la literatura argentina* [primera edición, 1917-1922], I, Buenos Aires, Kraft, 1960, p. 529. El comentario acerca del curso de Rojas, en la presentación de la revista *Nosotros* a su encuesta sobre el *Martín Fierro*, en el tomo 10, No. 50, junio de 1913.

De ese modo, quedaba definitivamente despejado el camino para la posterior canonización por parte del Estado.⁴⁰

Sin embargo, la cuestión suscitó polémicas. En junio de 1913, la revista *Nosotros* comenzaba la publicación de una encuesta acerca del poema de Hernández, que luego de evocar las posiciones de Lugones y Rojas, se abría con esta pregunta: “¿Poseemos, en efecto, un poema nacional en cuyas estrofas resuena la voz de la raza?”. El último interrogante del cuestionario se refería a si el *Martín Fierro* era “una obra genial de las que desafían los siglos, o estamos por ventura creando una bella ficción para satisfacción de nuestro patriotismo?” Las respuestas, a cargo de un grupo amplio de intelectuales, eran variadas, e incluían la desmedida proclama de Manuel Gálvez, que hacía de Hernández el poeta mayor de la lengua castellana.⁴¹ La pregunta de la revista expresa, en una versión singularmente económica, una suposición muy de época acerca de la vinculación entre los problemas de la nacionalidad, la “raza” y su expresión en una obra literaria. La variedad de las respuestas indica, por su parte, que hacia 1913 se trataba más de problemas abiertos que de certezas.⁴²

Tanto los recelos como el fervor ante la figura que evocaba este tipo de creaciones literarias volvían a manifestarse pocos años después. Así, por ejemplo, Alfredo Bianchi ofrecía un balance de la actividad teatral desarrollada en 1916 en el que sostenía que había reaparecido un tipo de obra “netamente criolla, nacionalista en el peor concepto del vocablo, antiextranjera, que quiere hacernos creer que en el gaucho y en sus virtudes están todas las bellezas del alma nacional”. Bianchi completaba el argumento llamando a “desterrar de nosotros todo lo que aún nos queda del gaucho, si es que queremos civilizarnos”.⁴³ Ese mismo año de 1916, “los trabajos iniciados por una comisión de jóvenes para erigir un monumento al gaucho, trabajos que parecen prosperar y contar con la aprobación de muchos universitarios y hombres de letras”, llevaron a Carlos María Urien, miembro de la Junta de Historia y Numismática, a dedicar una conferencia al gaucho en la sede de la entidad. Sin dudar, Urien sostenía que “el gaucho no representa nada, y si dice algo será de barbarie y nada más”.⁴⁴

La intervención de Urien ante la iniciativa no debe interpretarse, sin embargo, como expresión de la opinión de una profesión. En la historiografía argentina recién comenzaba, por entonces, un muy tenue proceso de organización de algunas instituciones propias de la historia profesional, que encontraba antes en la universidad que en la Junta su centro. Inclínados al estudio de la constitución de la nación en clave político-institucional, los historiadores enfrentaron una disputa con los hombres de letras en torno de la primacía en la tarea de interpreta-

⁴⁰ Jorge Luis Borges ha señalado que luego de *El Payador*, cuando hablamos del *Martín Fierro* hablamos del *Martín Fierro* de Lugones. Ello explicaría que la historia de un prófugo, borracho, asesino, “un soldado que pasa al enemigo”, haya gozado, incluso, de la aprobación de los militares. A. Carrizo, *Borges el memorioso*, México, FCE, 1982, p. 12.

⁴¹ Cf. la citada presentación en *Nosotros*, No. 50. Las respuestas en ese mismo número, así como en los Nos. 51, 52, 54 y 56.

⁴² Sobre las cuestiones de la raza y la nacionalidad, véase por ejemplo J. Ingenieros, “La formación de una raza argentina”, en *Revista de Filosofía*, vol. 1, segundo semestre de 1915, pp. 464-483, y en las páginas 415 a 422 del mismo volumen, la crítica de Salvador Debenedetti, titulada “Sobre la formación de una raza argentina”. Ingenieros postulaba, para el siglo XIX, la existencia de “dos civilizaciones opuestas: la ‘argentina’ y la ‘gaucha’”, esta última mestiza y barbarizada. La cita, en p. 473.

⁴³ Cf. *Nosotros*, año 11, No. 93, enero de 1917, p. 126.

⁴⁴ La noticia del evento en *Nosotros*, año 11, No. 93, enero de 1917, p. 131; las citas de Urien, en el folleto titulado *Monumento al gaucho*, reproducidas en esa publicación.

ción del pasado, evidenciando de esta manera lo reciente del proceso de profesionalización y la debilidad del reconocimiento cultural y estatal. Así, Ricardo Rojas consideraba que la tarea “evangelizadora” de fundar una tradición debía estar en manos de los jóvenes escritores.⁴⁵

A lo largo de este período, cuyos límites podemos establecer entre 1870 y 1915, aproximadamente, el Estado había ensayado acciones para lograr la consolidación del sentimiento de nacionalidad, que sin embargo apuntaban en otras direcciones. A fines de la década de 1880, como indicamos, junto a otras posibilidades se había considerado la difusión entre los alumnos de las escuelas primarias de un pasado glorioso, y se conmemoraron efemérides diversas con intensidad. Una década más tarde, hacia 1900, ciertos funcionarios registraron con preocupación los límites de esas acciones. Naturalmente, el planteo de esos límites por parte de agentes del Estado, o de políticos e intelectuales vinculados con las élites locales, se hallaba en relación con los propios anhelos de esos hombres, pero es posible percibir en ellos rasgos de algunos fenómenos sociales de interés. Estanislao Zeballos, trece años después de haber reclamado desde el Congreso una acción decidida que lograra que “el extranjero sea afecto a la nacionalidad argentina”, sostenía en el *Informe del Consejo Escolar del Quinto Distrito de la Capital de la República*, fechado en 1900:

[...] la enseñanza cívica y moral en las escuelas ha fracasado. Las causas de ello son numerosas y complicadas; [algunas] dependen [...] del medio social, que resiste, pervierte o esteriliza la obra redentora de la escuela [...].

Y agregaba:

Los retratos, las alegorías, las fiestas extranjeras de sus hogares y de sus círculos graban en ellos [los hijos de los inmigrantes,] huellas más hondas. Por eso cuando se representa en circos de la capital La Cenicienta, la aparición de Garibaldi o de Kruger es saludada con delirio, la de San Martín con aplausos y la de Rivadavia y de Belgrano, y de Moreno, con cierta sorpresa y cortesía. Falta siempre el entusiasmo para los próceres nacionales [...].⁴⁶

Esos mismos circos eran los ámbitos donde, desde años antes y todavía por entonces, idénticos públicos convertían la adaptación teatral de *Juan Moreira* en un éxito, y el bandido gaucho que protagonizaba la pieza era transformado en un héroe. Los “próceres nacionales”, de acuerdo con Zeballos, no despertaban mayor entusiasmo; el panteón extranjero y un bandido rebelde, en cambio, parecían gozar de mejor recepción entre quienes hacían del circo uno de los caminos de acceso popular al mercado de bienes culturales.

Un balance similar al de Zeballos, al menos en sus líneas maestras, alentó años después la llamada educación patriótica. Hacia el Centenario, Ricardo Rojas y José María Ramos Mejía volverían a insistir como muchos otros en la necesidad de fundar una conciencia nacional sobre la base de “nuestras tradiciones”, y a destacar el papel que la escuela habría de jugar en

⁴⁵ Citado por C. Altamirano y B. Sarlo, *op. cit.*, p. 100. Sobre la situación de la disciplina, remitimos a N. Pagano y M. Galante, “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del 40”, en F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1993, y a A. Cattaruzza, “La historia y la profesión de historiador en la Argentina de entreguerras”, en *Saber y tiempo*, No. 13, Buenos Aires, 2001.

⁴⁶ Cf. *Informe del Consejo Escolar del Quinto Distrito de la Capital de la República*, Buenos Aires, 1900, pp. 70 y 71, respectivamente.

esa tarea, en particular a través de la enseñanza de la historia y la lengua nacional. Así, sostenía Rojas que “no constituyen una nación, por cierto, muchedumbres cosmopolitas cosechando su trigo en la llanura que trabajaron sin amor. La nación es, además, la comunidad de esos hombres en la emoción del mismo territorio, en el culto de las mismas tradiciones, en el acento de la misma lengua, en el esfuerzo de los mismos destinos”. Rojas, sin embargo, se precavía: “No preconiza el autor de este libro una restauración de las costumbres gauchas que el progreso suprime por necesidades políticas y económicas [...]”.⁴⁷

Años más tarde, en 1923, Pablo Pizzurno –que fuera presidente del Consejo Nacional de Educación– revelaba las disidencias que existían en torno de la educación patriótica, en su conferencia “El fracaso de la escuela primaria”. Su título no puede menos que remitir al diagnóstico que Zeballos había planteado casi un cuarto de siglo antes, aunque la referencia parece aludir a los tonos que el esfuerzo nacionalizador tomara hacia 1910:

[...] hicimos cantar el himno a cada momento con cualquier pretexto o sin pretexto; hicimos jurar la bandera a niños de seis años con tanta solemnidad exterior como inconsciencia [...] pero son los jóvenes de la generación que empezó a educarse bajo ese gobierno escolar extremadamente “patriótico” o “nacionalista” los que, en proporciones desusadas [...] eluden el servicio militar.⁴⁸

El balance de Pizzurno era francamente desalentador, y no resultaba una excepción. Otros intelectuales dudaban de la eficacia pasada y presente de la escuela como herramienta de consolidación de la nacionalidad y aun se llegaba a cuestionar el contenido ideológico del sistema de ritos y símbolos propuestos a los alumnos.⁴⁹

De todas maneras, Pizzurno no consideraba aún la posibilidad de recoger la tradición criollista popular, que todavía se hallaba extendida y vigorosa. Ello, incluso a pesar de que ese vigor no era pasado por alto por prestigiosos e influyentes intelectuales. En esos mismos años, Juan Agustín García, después de recorrer con “bondad y paciencia” los centros criollistas, concluía que allí se expresaba una actitud patriótica de sentido diverso al que fomentaba la liturgia escolar:

La guitarra es, en todos estos cantos, el símbolo de la patria; de una patria más dulce y suave, que no viene rodeada de banderas y músicas de clarines. La patria popular no es, en estos tiempos, la heroica y envuelta en el humo de las batallas que se enseña en los colegios. Es una patria civil del tiempo de paz, amable, sentimental, algo bulliciosa y alegre.

⁴⁷ Cf. Rojas, *La restauración nacionalista* [primera edición: 1909], Buenos Aires, Peña Lillo, 1971, pp. 87 y 140, respectivamente. Acerca de Ramos Mejía, véase A. Bozzo, “Una aproximación a la obra de José María Ramos Mejía: el campo intelectual y el uso de la historia en el marco de las ciencias sociales”, en *Anuario*, XVI, Rosario, Escuela de Historia/UNR, 1993-1994.

⁴⁸ Cf. P. Pizzurno, “El fracaso de la escuela primaria”, en *Revista de Filosofía*, IX, 5, 1923, Buenos Aires, pp. 305 y 306. Se trata de la reproducción de una conferencia. Debe señalarse, a pesar de todo, que un diagnóstico que se basara exclusivamente en la resistencia al reclutamiento parece poco convincente: salvo en coyunturas muy peculiares, la prevención popular ante la leva y luego ante el servicio militar obligatorio fue un fenómeno de larga duración en la cultura popular.

⁴⁹ Entre otros ejemplos, puede verse R. Melgar, “Educación moral”, en *Revista de Filosofía*, VI, 6, 1920; y “Plan de Estudios y Programas para las Escuelas de Nuevo Tipo”, en *El Monitor de la Educación Común*, Buenos Aires, 1929.

La nota de García no sólo pretendía diferenciar esa amena tertulia criollista, que cultivaba la tradición en su faz emotiva convocando a una “capa social en la que los recursos son muy modestos”, de los ritos escolares, sino también de un teatro que, aun convocando a públicos populares, no lograba más que aplausos artificiales mediante el recurso de exhibir la bandera “en una atmósfera de gritos y de vivas”, e invocar a Moreno, Belgrano y San Martín, junto al nombre de las batallas en las que se consiguió la independencia.⁵⁰ Luego de finalizar la Gran Guerra, las críticas a la enseñanza de una historia excesivamente marcial, y a un patriotismo belicoso que habría llevado a la catástrofe, no eran notas excepcionales, ni en Europa ni en la Argentina. La observación de Pizzurno, las que en esas fechas realizaba Ramón Melgar, rector de la Escuela Normal de Dolores, o las de algunos grupos de docentes porteños iban en un sentido similar, y la creación de comisiones revisoras de textos escolares, que debían expurgarlos de las referencias ofensivas para los vecinos, fue corriente en los países involucrados en la guerra; la Argentina y el Brasil organizarían una similar poco después. Pero lo que distingue la argumentación de García es el planteo que hace de una celebración más informal, sin tantos rigores protocolares, propia de una sociabilidad menos pautada por la intervención estatal, el núcleo posible de lo que llama una “patria popular”, organizada alrededor de la evocación de lo que se creía era el pasado criollo.

A sostener esta inclinación popular al criollismo contribuían, en la década de 1920, producciones culturales diferentes de las disponibles en etapas anteriores. Cuando menos para Buenos Aires, el proceso de organización de una nueva modernidad, relacionado estrechamente con la consolidación de la cultura de masas y la industria cultural que se anunciaban en el período anterior, ha sido analizado con detalle. Nuevos públicos urbanos accedían ahora a colecciones de libros baratos, que venían a sumarse a los folletines ya presentes en las bibliotecas de los sectores populares. Los diarios comenzaban a asumir definitivamente su condición de medios masivos de comunicación, a través de transformaciones técnicas y editoriales, y creaban a su vez una instancia de inserción profesional para los escritores. En el mundo de las letras rioplatense, las vanguardias aparecían también más atentas a la política de lo que se pensó durante mucho tiempo. El cine y la radio, a su vez, completaban el cuadro.⁵¹

En un escenario así transformado, los motivos criollistas tuvieron destinos curiosos. En 1919 y en 1924, grupos de intelectuales vanguardistas llamaban *Martín Fierro* a sus revistas; se ha indicado incluso que en las letras porteñas puede registrarse la presencia de un “criollismo urbano de vanguardia”.⁵² Pocos años más tarde, en 1925, una nueva obra tomaba al gaucho como su personaje central: *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. También, nuevamente, la novela implicaba un relato del pasado: en este caso, la campaña de comienzos de siglo era planteada como un ámbito sin conflictos sociales, culturalmente homogéneo, evocado con nostalgia frente a la inseguridad y la tensión de las ciudades.⁵³ Dado que la novela sugería su extinción,

⁵⁰ Juan Agustín García, “El gusto. Los sectores populares”, en *Sobre el teatro nacional y otros escritos y fragmentos*, Buenos Aires, Agencia General de Librería, 1921, pp. 23-31.

⁵¹ Véase, acerca de estos procesos, B. Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, y L. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Sobre las vanguardias y la política, sugerimos el artículo de F. Rodríguez, “Inicial. Revista de la nueva generación. La política en la vanguardia literaria de los años veinte”, en *Estudios Sociales*, 5, 8, 1995.

⁵² Cf. C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos*, cit., p. 159.

⁵³ Remitimos al trabajo citado de Sarlo, en particular pp. 31-43.

en los años siguientes y hasta la década de 1930 se suscitaron discusiones entre los intelectuales argentinos en torno de la efectiva existencia del gaucho en esos años del siglo XX.

A su vez, los productos de la industria cultural exhibieron también las marcas del criollismo. En el universo de la música popular, se produjo en la década de 1920 una recuperación del tradicionalismo, atenuado en los años anteriores, que tiene en el éxito entre el público porteño de las compañías de bailes y cantos tradicionales una de sus pruebas; los temas rurales fueron asumidos no sólo por el sainete, sino también por el cine.⁵⁴ Aun el tango, que era entendido como un género clásicamente urbano, aunque “nacional”, recogía en sus títulos, sus letras y sus formas musicales motivos y tonos del repertorio rural tradicional, al tiempo que el diario *Crítica*, por entonces de gran circulación, anunciaba una encuesta sobre el gaucho en estos términos: “Símbolo de la nobleza argentina, el gaucho no ha muerto ni morirá jamás en el alma del pueblo argentino. *Crítica* [...] es el diario gaucho del país”.⁵⁵

Atento a la cuestión, y sugiriendo el tono de las relaciones existentes entre ámbitos tan diferentes, Aníbal Ponce sostenía inmediatamente después en la *Revista de Filosofía* que “cierta encuesta reciente, al detener la marcha de la urbe afanosa, le ha invitado a pensar sobre un pasado que creemos remoto”, para concluir que “la leyenda del gaucho se ha extinguido”. Ponce encuentra razones para alegrarse de esa circunstancia en una interpretación del pasado nacional: “En complicidad con la iglesia, que supo explotar su salvajismo, y con el señor feudal, que lo supo amarrar a su interés, el gaucho fue indiscutiblemente el peor enemigo de la revolución. Todo culto enternecido a su memoria tendrá, pues, una honda raigambre antiargentina”. El argumento parecía recoger, junto a una muy amplia tradición interpretativa propia del siglo XIX, algunos razonamientos de Ingenieros planteados hacia 1915, y culminaba anunciando, contra la inmortalidad que proclamaba *Crítica*, que “la ciudad de Buenos Aires acaba de celebrar los funerales del gaucho”. El análisis de Ponce dibujaba así una alternativa al tradicionalismo de base cultural y étnica: la auténtica tradición argentina se definía en cambio en torno de un conjunto de principios políticos, y la nación volvía a hallar su momento inicial en Mayo.⁵⁶

La universidad albergó también a ciertos grupos de profesores e investigadores que se mostraron inquietos por la interrogación acerca de las especificidades nacionales. Sin embargo, las zonas de la estructura universitaria que podían buscar respuesta fuera de la tradición jurídica eran por la época particularmente débiles, y sus elencos y su producción resultaban todavía absolutamente vulnerables a las críticas que literatos y aficionados desplegaban desde el activo mundo de la cultura. Más allá de las cátedras de historia y literatura, otras disciplinas parecían involucradas en el estudio de los rasgos culturales que distinguían a esta sociedad, tal como había ocurrido más de un siglo atrás en Europa: la filología y los estudios folclóricos. En la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue crea-

⁵⁴ Acerca del criollismo en el cine, consultar E. Tranchini, “El cine argentino y la construcción de un imaginario criollista”, en *Entre pasados*, año IX, No. 18-19, pp. 113 a 142; véase también, sobre la música, H. Goyena, “El tango...”, citado.

⁵⁵ Véase *Crítica*, Buenos Aires, 1 de agosto de 1926. Poco más tarde, en 1930, el diario organizaba una Gran Pajada Nacional. Cf. S. Saítta, *Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 117 y 299.

⁵⁶ Cf. A. Ponce, “Los funerales del gaucho”, en *Revista de Filosofía*, año XII, No. 5, septiembre de 1926; las citas en páginas 274 y 272, respectivamente. Sobre Ponce, sugerimos la consulta de O. Terán, “Aníbal Ponce, o el marxismo sin nación”, en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

do el Instituto de Filología en 1922, con la intención expresa de inaugurar la práctica científica de la disciplina en el país y formar un núcleo de investigadores. Por otra parte, los maestros habían sido encargados un año antes de la primera recopilación de piezas folclóricas en todo el país, que impulsaba el Consejo Nacional de Educación; el conjunto de la documentación obtenida fue entregada al Instituto de Literatura Argentina de aquella misma facultad, que desde su creación en 1922 tuvo entre sus propósitos el estudio del folclore argentino, asunto al que se dedicaba uno de los pocos miembros rentados. Como era previsible, en el Instituto de Filología se desarrollaron estudios sobre el castellano en América y se organizó una sección de Lingüística Indígena; tampoco resulta sorprendente que en el balance de 1926 su director señalara que una de las líneas de investigación se dedicaba a la etimología de la palabra gaucho. El estudio científico del idioma y de las producciones de la cultura popular autóctona venía a sumarse, así, a la búsqueda de los rasgos propios de la nación.⁵⁷

A fines de la década de 1920, entonces, la figura del gaucho parecía seguir convocando adhesiones entre los públicos amplios, mientras que entre los intelectuales la recepción de los planteos sobre el *Martín Fierro* efectuados hacia el Centenario ganaba terreno. A pesar de los planteos de Ponce, el gaucho solía aparecer convertido en “legendario cruzado épico”, y el mismo Fierro, “el viejo gaucho”, invocado “como numen tutelar” en la apertura de una exposición de cuadros de Pedro Figari, que el orador tenía por “tan nuestra como un galope del pampero o una sangre de ceibo”. Parece significativo que semejante pieza fuera publicada por *Renovación*, revista publicada en La Plata por los estudiantes herederos de la Reforma y cercana a las vanguardias, entre textos de Alejandro Korn, críticas de libros firmadas por Jorge Luis Borges y artículos de Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero.⁵⁸ Pero, a pesar de estas presencias, el Estado continuó relativamente ajeno a la exaltación gauchesca, al menos en sus formas más evidentes. Fue sólo a partir de mediados de la década de 1930 cuando algunas señales comenzaron a anunciar cierta recepción, que culminaría en la definitiva canonización estatal del *Martín Fierro*, y con él de la figura del gaucho, en un proceso iniciado a fines de esa década.

Así, hacia 1934, en ocasión del centenario del nacimiento de Hernández, los diputados Alejandro Castiñeiras y Silvio Ruggieri, del Partido Socialista, que había sido, a comienzos de siglo, renuente a la conmemoración gauchesca, presentaban al Congreso Nacional un proyecto de ley que contemplaba autorizar el emplazamiento de un monumento a Hernández en la ciudad de Buenos Aires, recogiendo la iniciativa de una comisión popular de homenaje. El proyecto fue aprobado en Diputados sin discusión y girado al Senado, donde tampoco hubo polémicas, para finalmente transformarse en la Ley 12.108. Castiñeiras, en un enlace clásico del pasado con el presente, fundamentaba el proyecto más que en las virtudes literarias del *Martín Fierro*, en su condición de “documento valioso y educativo que permite descubrir el origen lejano de prácticas políticas viciosas, de abusos y desmanes que, aún hoy, des-

⁵⁷ Los datos consignados en P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, pp. 70, 135 y 138. Sobre la recopilación folclórica mencionada, puede verse A. Cattaruzza, “Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional”, en A. Cattaruzza (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* [tomo VII de la *Nueva Historia Argentina*], Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 467. En torno de la cuestión del valor del *Martín Fierro* como testimonio folclórico y, en rigor, sobre la intermediación del poema en los estudios posteriores, pueden verse los planteos de Martínez Estrada en “Lo gauchesco”, cit., en particular, pp. 33 y siguientes.

⁵⁸ Las citas, respectivamente, en el comentario al libro *Cosas de negros*, de Vicente Rossi, firmado por Borges en *Valoraciones*, No. 10, La Plata, agosto de 1926, pp. 39-40, y en J. M. Villarreal, “Figari pintor”, en la p. 53 de la misma publicación.

graciadamente, perduran en algunas zonas de la República, para desdicha de los innumerables nietos de Martín Fierro”. En Senadores, en cambio, el conservador Rhode hacía del poema “el último canto de la epopeya comenzada por Valdivia [...] y clausurada con el triunfo de la civilización por el genio y la espada del general Roca”. Las diferencias interpretativas no devenían, sin embargo, en decisiones legislativas encontradas; como señalamos, la ley se aprobaba sin debates.⁵⁹

Poco tiempo después, en 1938, un conjunto de iniciativas se presentaron en ambas cámaras de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, con el objetivo de instituir el Día de la Tradición, que habría de celebrarse cada 10 de noviembre, día del nacimiento de José Hernández; al parecer, las autoridades porteñas habían tomado una decisión en ese sentido poco tiempo antes.⁶⁰ En 1939, una ley aprobada por unanimidad establecía la incorporación de la nueva efemérides al calendario provincial, y en los años siguientes los sucesivos gobiernos, desde el conservador hasta el peronista, decretaban el feriado. En 1948 se extendería la celebración a todo el territorio nacional, a través de un decreto del gobierno peronista. En la temprana década de 1940 se contempló la instalación de un monumento al gaucho en la ciudad de La Plata, propuesta que se trató en la legislatura provincial también en 1948.⁶¹

Un nuevo consenso que articulaba diversas tradiciones culturales, políticas e ideológicas parecía reinar en torno de la asociación entre el gaucho y la nacionalidad en los años finales de la década de 1930. Así, el secretario de la Agrupación Bases, activa participante en la campaña para erigir un monumento a Alberdi hacia 1934, promovía los homenajes gauchescos en 1938 citando el artículo de uno de los socios, en una nota elevada al Senado provincial:

El poema gauchesco de Hernández, simboliza en su esencia más profunda, espiritual y nacionalista [...] lo que sirve para estructurar [...] el motivo básico de la iniciativa. La Patria [...]

⁵⁹ Cf. [Congreso Nacional], *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1934, Tomo IV, Sesiones Ordinarias* [2 de agosto al 29 de agosto], Buenos Aires, Imprenta del Congreso, 1935, p. 303. En esa misma página, la cita de Castiñeiras; la aprobación en Diputados, en pp. 767 y 768. El trámite en Senadores puede seguirse en [Congreso Nacional], *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores. 1934 Período Ordinario. Tomo II* [1° de septiembre a 30 de septiembre], Buenos Aires, Cuerpo de Taquígrafos del Honorable Senado de la Nación, 1935; la intervención de Rhode en p. 919.

⁶⁰ Véase E. Coni, *El gaucho. Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969, 2ª ed., p. 203, nota. El dato no ha podido verificarse. Acerca de las iniciativas provinciales, véase [Honorable Senado de Buenos Aires], *Día de la Tradición y monumento al gaucho. Antecedentes legislativos*, La Plata, 1948.

⁶¹ Ese mismo año de 1948 aparecía *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada. Sobre la obra de Martínez Estrada y el contexto en el que fue producida, sugerimos C. Altamirano y B. Sarlo, “Martínez Estrada: de la crítica a *Martín Fierro* al ensayo sobre el ser nacional”, en *Ensayos Argentinos*, cit. Por otra parte, la historia necesariamente parcial de varios monumentos al gaucho fallidos resulta curiosa. En 1922 funcionaba una comisión popular, probablemente la que se organizara en 1915, aquí mencionada, a la que la intendencia reclamaba datos para decidir sobre el emplazamiento del monumento. Cf. *La Nación*, 24 de octubre de 1922, p. 5, col. 7-8. En 1928, la Municipalidad adquirió “El resero”, una figura que puede reputarse gauchesca; instalado con anterioridad en Posadas y Av. Alvear sería desplazado a Mataderos en 1934, y reinaugurado el 25 de Mayo de ese año. Cf. *Boletín municipal*, Ordenanza 3650/934. De todas maneras, quienes participaron en las discusiones de 1947 en la Legislatura provincial, que hemos citado, insistían en que no existía todavía el monumento al gaucho. En la actualidad, la documentación reunida por los investigadores del Instituto de Teoría e Historia del Arte J. Payró, de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, registra tres monumentos al gaucho, dos en La Plata y uno en Las Flores, pocos más que los dedicados a un mucho menos telúrico cartero. Agradecemos la información que los investigadores del Instituto nos proporcionaron, así como la posibilidad de consulta del Archivo Monumenta, fruto de proyectos de investigación UBACyT subsidiados.

tiene en el “Martín Fierro” [...] el vértice de nuestra propia idiosincrasia. “Martín Fierro” debe ser para todo argentino como un catecismo.⁶²

Por su parte Carlos Sánchez Viamonte, diputado provincial por el Partido Socialista, sostenía en la cámara de diputados provincial un año después que “el poema de José Hernández contiene mucha parte del alma nacional, del alma argentina con sus defectos y virtudes, es decir con su fisonomía propia que jamás es desdeñable y la cual no podría desdeñar un pueblo sin traicionar su propio destino, que aparece involucrado en su pasado y su presente”.⁶³

Por fuera del Estado pero no de la política, Álvaro Yunque, intelectual cercano al Partido Comunista, había reivindicado en 1937 a José Hernández, quien “en 1869 [...] fundó un periódico [...] en el que pueden leerse sus protestas contra el abuso que se cometía arriando al gauchaje hacia los contingentes, a pelear contra los indios, para defender la tierra de otros”.⁶⁴ Quizás más significativo aún sea el hecho de que el propio Aníbal Ponce iniciara hacia 1934 una reconsideración de la figura del gaucho, en el contexto de su nueva reflexión sobre la cuestión nacional.⁶⁵ Y en 1936, una xilografía representaba una movilización del fallido Frente Popular en la que aparecía un cartel de la AIAPE con el retrato de Hernández acompañado por los de Lenin y Marx.

Pero la derecha política y cultural argentina, en sus varias versiones, hacía también suya la figura del gaucho y en particular de Martín Fierro, aunque atribuyéndole otros rasgos. Las víctimas de la usura judía y de la rapiña inglesa eran, en las caricaturas del nacionalismo filofascista, gauchos, que representaban al argentino; en diciembre de 1940, en la revista publicada por los revisionistas se sostenía que “la catolicidad de Martín Fierro no ofrece dudas”, que “en su servicio militar de fronteras ejerció hasta extremos inconcebibles su espíritu de obediencia”, creyendo “servir a la nación”, y que era él un “símbolo de la raza”.⁶⁶ Dos años después, en 1942, el decreto del gobierno provincial bonaerense, encabezado por Rodolfo Moreno, que establecía el feriado correspondiente, señalaba que “todo el acervo de las tradiciones patrias nace, reposa y se concreta” en el gaucho, que “canta el oprobio de la tiranía y la alabanza de la libertad”, “contribuye a la caída del tirano y a la organización nacional, siguiendo a Urquiza hasta los campos de Caseros y a Mitre hasta Pavón”.⁶⁷

De este cruce de interpretaciones posibles que, sin embargo, retenía el acuerdo central en torno del gaucho, parece dar cuenta también el discurso que en 1939 Justiniano de la Fuente, funcionario provincial en tiempos de Fresco, miembro de la ya mencionada Agrupación Bases y presidente de la Federación Gaucha Bonaerense, pronunciaba en La Plata al finalizar la “caravana de la argentinidad” celebrada el 10 de noviembre. En la oportunidad, se reafir-

⁶² En [Honorable Senado de Buenos Aires], *Día de la Tradición y Monumento al Gaucho. Antecedentes legislativos*, La Plata, 1948, p. 12. Sobre las discusiones en torno del pasado en la década de 1930, consultar A. Cattaruzza, *Historia y política en los años treinta*, Buenos Aires, Biblos, 1991.

⁶³ Véase la intervención de Sánchez Viamonte reproducida en el texto citado en la nota anterior, pp. 22 y siguientes.

⁶⁴ Cf. A. Yunque, “Echeverría en 1837. Contribución a la historia de la lucha de clases en la Argentina”, en *Claridad*, xv, 313, mayo de 1937, sin número de página.

⁶⁵ Consultar O. Terán, “Aníbal Ponce...”, cit., p. 173.

⁶⁶ El periódico nacionalista *La Maroma*, publicado en Buenos Aires en la segunda mitad de la década de 1930, es quizás el ejemplo más vulgar y extremo, entre otros muchos que pueden evocarse, en lo que hace al antisemitismo. La cita, en J. Luna Álvarez, “Una fantasía sobre Martín Fierro”, en *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, II, 6, 1940, p. 177.

⁶⁷ En [Honorable Senado de Buenos Aires], *op. cit.*, p. 36.

maba el “valor de nuestro gaucho en la evolución social e institucional de la República”, tras invocar a Moreno y los revolucionarios de Mayo, a Carlos Pellegrini, a San Martín, Rivadavia, Sarmiento y también a Juan Manuel de Rosas.⁶⁸

Por su parte, en el todavía reducido mundo integrado por los individuos dedicados a la práctica profesional de las ciencias sociales, la preocupación por fijar dónde podía hallarse la auténtica tradición nacional se hacía también presente, aunque las respuestas fueran menos homogéneas. Esa inquietud los aproximaba a los ámbitos menos académicos: investigadores del folclore, filólogos e historiadores, estos últimos dotados de instituciones algo más consolidadas, parecían llamados a ofrecer una opinión científica acerca de aquellas cuestiones. En este sentido se pronunciaba Ricardo Levene, probablemente el historiador que en la competencia institucional por el reconocimiento del Estado había logrado ocupar el lugar más destacado en la década. Levene afirmaba en el “Prólogo” a la *Historia de la Nación Argentina* que “respondiendo a un imperativo moral, esta generación de estudiosos entregará a las venideras la *Historia de la Nación Argentina* tal como la ha visto y sentido, realizándola con espíritu científico, por el ideal de la verdad histórica y con espíritu patriótico, con amor por la tradición y las instituciones de la Patria”. Esa versión del pasado tenía por objeto “auscultar el alma de una nación y descubrir sus sentimientos dominantes y sus virtudes esenciales”, para lo cual “es necesario fomentar el estudio por la investigación científica”.⁶⁹ Levene se planteaba así un programa que era, a un tiempo, científico y patriótico.

Desde estos puntos de partida, muy extendidos en la historiografía a fines de la década de 1930, se ensayaron interpretaciones que exhibían algunas diferencias con las que otros intelectuales proponían. Esas diferencias, en ocasiones, se debían a las distintas perspectivas ideológicas puestas en juego. En otros casos, en cambio, se trataba al mismo tiempo de disputas que concernían a la defensa del lugar de la disciplina en la construcción de imágenes del pasado. Emilio Coni, miembro desde 1927 de la Junta de Historia y Numismática, fue uno de los historiadores que se dedicó con continuidad a la historia agraria y de la ganadería. A su cargo quedó un capítulo del cuarto volumen de la ya citada *Historia de la Nación Argentina*, aparecido en 1937; a ese trabajo se sumaban libros y artículos anteriores, publicados en revistas de las instituciones de historiadores. La inserción de Coni en la trama de la historia profesional argentina de la década de 1930 era, así, muy firme.⁷⁰

Uno de los asuntos que frecuentó Coni fue el del gaucho. Algunos artículos específicos, y un libro de 1937, anticipan la obra póstuma que apareció en 1945, cuya producción debe situarse entre 1940 y 1943. La obra no sólo contenía una serie de planteos eruditos acerca de la historia de estos territorios desde la conquista europea, sino que sugería tanto el tono de las reflexiones que alrededor del gaucho, en tanto figura histórica, se realizaban a fines de la década de 1930, como las dimensiones político-culturales involucradas en esos planteos. En la “Introducción” a *El gaucho*, fechada en febrero de 1943, sostenía Coni:

La leyenda gauchesca [...] ha tomado una amplitud y seriedad tales, que hoy la mayoría de las gentes ignora que se trata de una leyenda y le asigna con toda buena fe el carácter de he-

⁶⁸ En *ibid.*, pp. 102 y 103.

⁶⁹ Cf. R. Levene, *Prólogo* [1934], en [Academia Nacional de la Historia], *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1961 [1ª ed., 1936], p. XXV.

⁷⁰ Acerca de la labor historiográfica de Coni, puede consultarse B. Bosch, *Estudio Preliminar* [1968], en E. Coni, *El gaucho*, citado.

cho histórico. A este resultado se ha llegado, por cuanto el tema ha sido monopolizado por poetas y literatos, a los cuales poco les preocupa la verdad histórica [...].⁷¹

Instalado en el papel del historiador científico, Coni confesaba sin embargo que la “necesidad de restablecer la verdad histórica no habría sido motivo suficiente” para la publicación de su obra. El impulso decisivo surge ante otra circunstancia: “cuando sobre una leyenda que se infla día a día, se estructura toda una doctrina seudonacionalista, que pretende para una sola provincia el monopolio de la argentinidad y la representación exclusiva de la Patria”, el autor sí se decide a “bajar a la arena para tratar de restablecer el imperio de la verdad”. Y continúa Coni:

Sobre la leyenda gauchesca descansa hoy una doctrina, según la cual la pampa y el gaucho representan la nacionalidad, lo que viene a significar que las diez provincias no pampeanas, no gauchescas, no cuentan para nada en la argentinidad. Y sin embargo [...] son ellas las que tienen más derecho que la cosmopolita Buenos Aires a representar la nacionalidad.⁷²

Evocando sus años juveniles, y retomando sin citar antiguas interpretaciones previas, el historiador recordaba haber comprendido “que las verdaderas tradiciones argentinas eran las que perduraban” en las provincias interiores, pasando a mirar críticamente “el martinfierrismo del Litoral con sus pretensiones de representación argentina”.⁷³

En la argumentación del autor, era éste un asunto histórico, no sólo en el sentido de que se hallaba en juego una interpretación del pasado sino también en otro, quizás menos evidente, que indicaba que era la voz de los historiadores la que debía venir a enmendar los desatinos, pasados y presentes, cometidos por quienes no se preocupaban por cumplir los procedimientos de método que la historia prescribía, fueran “poetas y literatos” o sociólogos. Coni se alarmaba ante la decisión del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires de tomar el *Martín Fierro* como “fuente de investigaciones” para temas tales como las clases sociales o la familia.⁷⁴ El problema no era banal, ya que daba en el centro de uno de los presupuestos metodológicos irrenunciables para la historiografía profesional, y remitía a una ya antigua discusión sobre el poema de Hernández. Esa polémica giraba sobre cuánto había en él del lenguaje efectivamente empleado por los grupos criollos populares, aun de los bonaerenses, a mediados del siglo XIX, y todavía no se hallaba saldada. En la perspectiva de Coni, el *Martín Fierro* era impensable como fuente, y no hablaba más que de la inventiva de su autor. Coni citaba en su apoyo la autoridad de algunos filólogos e investigadores del folclore, aunque en esas disciplinas las opiniones estaban divididas.

Finalmente, el eje de discusión que elegía Coni habla de certezas que, tal vez a su pesar, compartía con intelectuales ajenos a la academia: el historiador, armado de su instrumental científico, se propone recuperar la “verdadera” tradición nacional allí donde no ha sido contaminada, y una auténtica representación de la nacionalidad. Desde cierto punto de vista, la

⁷¹ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 25.

⁷² *Ibid.*, p. 24. Manuel Gálvez había esbozado una interpretación similar, hacia 1910, en *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*.

⁷³ Cf. Coni, *op. cit.*, p. 26. La imagen del interior como sede de la auténtica tradición puede rastrearse, aún en ciernes, en ciertos argumentos de J. V. González, por ejemplo.

⁷⁴ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 248, haciendo referencia al primer número del *Boletín* del Instituto, de 1942. El problema del valor testimonial del poema había sido ya objeto de discusiones. Años más tarde, Martínez Estrada retomaba el asunto en “Lo gauchesco”, mencionado con anterioridad.

disidencia en torno de si ella debía encontrarse en el gaucho a lo Martín Fierro o en los campesinos sedentarios de las provincias interiores se torna una disidencia menor. Tampoco Coni, historiador académico, dudaba de la existencia de una nacionalidad que pudiera ser representada por algún tipo social autóctono, al que reclamaba la casi imposible condición de “haber dado pruebas palpables de su argentinidad” por varias generaciones.⁷⁵

De todos modos, la voz de Coni fue solitaria. En las décadas siguientes, la inclinación a hacer del gaucho la figura clave de la “argentinidad” continuó siendo evidente en las acciones estatales, a pesar de la existencia de algunas discrepancias.

3 Las razones que contribuyen a explicar que la apropiación estatal del mito gaucho haya comenzado en estos años pueden hallarse, inicialmente, en aspectos específicos de la coyuntura. La autorización otorgada por el Congreso para la instalación de un monumento a Hernández se produjo en ocasión del centenario del nacimiento del poeta, ya legitimado por Lugones y Rojas. La iniciativa de 1938, a su vez, partió en La Plata de una asociación civil y su ámbito de recepción fue el Poder Legislativo provincial, pero es posible que la cercanía de grupos nacionalistas al gobierno de Fresco haya jugado algún papel.⁷⁶ También fue visible, en los años iniciales de la Segunda Guerra, una preocupación de las autoridades por apelar a viejos procedimientos que, suponían, habrían de consolidar la unidad nacional: en las intervenciones oficiales durante los actos patrios, por ejemplo, se enlazaba la cuestión de la soberanía, reactualizada por la neutralidad decidida ante el conflicto, con la apelación a la tradición nacional. Quizás ese ambiente favoreciera la incorporación de la imagen del gaucho al arsenal estatal utilizado.

Pero, como señalamos al comienzo, otro elemento que merece destacarse es el acuerdo que, en los años cercanos a 1940, parecía reinar en torno de la asociación entre el gaucho y la tradición argentina, clave de la nacionalidad. Para explicar ese acuerdo conviene atender a tendencias que exhibían mayor antigüedad.

Desde fines del siglo XIX, la evocación de un pasado gaucho, que funcionó como inicial principio identitario, fue corriente entre amplios grupos populares, y parece haber persistido, aun conviviendo con otras imágenes, hasta la década de 1930. En el clima del Centenario, fueron algunos hombres de letras quienes rescataron al *Martín Fierro* como poema nacional, con argumentos que no se extendieron sin controversias, y que desplazaban el foco de atención de una cuestión de contenido –la rebeldía frente a las injusticias–, hacia una vinculada a la forma –la originalidad de un idioma y de un género nativo–. Paulatinamente, fueron quedando en el olvido algunos de los aspectos del poema que, en su hora, se habían juzgado los más riesgosos para el orden social. Estas transformaciones fueron una de las condiciones de posibilidad para que, a fines de la década de 1930, el Estado recogiera tardíamente aquella inclinación popular al criollismo.

Las iniciativas desplegadas por el Estado con el fin de afirmar el sentimiento de nacionalidad se concentraron desde fines del siglo XIX y por décadas, sin embargo, en una celebración

⁷⁵ Cf. Coni, *El gaucho*, cit., p. 320.

⁷⁶ Puede consultarse sobre este punto M. D. Béjar, “Altars y banderas en una educación popular. La propuesta del gobierno de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires”, en AA.VV., *Mitos, altares y fantasmas. Aspectos ideológicos en la historia del nacionalismo argentino*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/UNLP, 1992.

ajena al criollismo. El acento se ponía, en cambio, en el papel jugado por la élite y sus héroes en la “fundación de la nación”. La escuela, una de las herramientas que intentaron utilizarse para la intervención sobre la sociedad, siguió esa misma línea, al igual que la historia profesional, en cuya organización el Estado estuvo más involucrado de lo que se ha supuesto con frecuencia y cuyas producciones eran uno de los insumos que alimentaba el discurso de docentes y funcionarios escolares. Durante mucho tiempo, los debates en torno de qué contenidos debían atribuirse a la nacionalidad que aspiraba a fortalecerse habían sido agitados, aunque en general indirectos. Sin embargo, a la hora de consagrar al gaucho a fines de la década de 1930, en sectores amplios del aparato estatal parecía haberse impuesto una concepción que tendía a definir la identidad nacional en términos que se querían étnicos, con un eje en formas culturales a las que se atribuía tanto un carácter popular como una antigüedad que las hacía en verdad argentinas.

De todas maneras, debe tenerse en cuenta que, tal como hemos sostenido, ni las iniciativas del Estado ni las propuestas provenientes de la alta cultura se desarrollaron sobre unos destinatarios que permanecieran inactivos o inertes. Por el contrario, el Estado intentó operar sobre unos grupos sociales notoriamente heterogéneos que leían, interpretaban, atribuían sentidos, construían relatos, inventaban tradiciones que no se alineaban con la que les proponían la cultura letrada y el Estado. Esas acciones constituyeron esbozos de puja con la acción estatal, que naturalmente variaba en intensidad de acuerdo con el momento, pero cuya existencia no puede soslayarse. Como es evidente, planteos de este tipo se apoyan en la presunción de la existencia de cierta autonomía cultural en los sectores subalternos y, simultáneamente, en la observación de Baczko que insiste en que los imaginarios sociales resultan un lugar y un objeto de conflicto. Desde estos puntos de vista, la apelación a un pasado gaucho fue, desde fines de siglo XIX y hasta la década abierta en 1930, una herramienta de integración y cohesión alternativa a la que el Estado proponía a los grupos populares. Tal carácter alternativo suponía algún modo de disputa simbólica.

En ese espacio de intercambio y apropiación de bienes simbólicos, los autores ven forzados sus anhelos originales, y las interpretaciones más predecibles de los textos se pierden; de este modo, un poema como *Martín Fierro*, referido a un personaje de ficción, pudo transformarse en una versión del pasado, que a su vez se tornó una pieza clave de la identidad colectiva. Parece entonces evidente que los grupos sociales, y entre ellos los sectores populares, construyeron sus vínculos con el pasado con los relatos que les ofrecieron los manuales escolares, la historia erudita y las arengas que, cuando alumnos, escucharon los días de fiesta nacional, pero también con un complejo mucho más amplio de textos, entendido el término en un sentido amplio.

En este punto, es posible volver a considerar si una de las especialidades tradicionales de la disciplina, la historia de la historiografía, tiene algún papel en el estudio de estos procesos, dado que se la supone dedicada al análisis de la producción intelectual referida al pasado. La respuesta sólo puede ser afirmativa si se entiende que “los sucesos y los problemas de la historia de la historiografía son en realidad los sucesos y los problemas de la [...] relación global de una sociedad con las huellas reales o imaginarias de su pasado”.⁷⁷ En la Argentina, entre fines de siglo y 1940, los textos del criollismo fueron una de esas huellas. □

⁷⁷ Cf. M. Mastrogregori, “Historiographie et tradition historique des souvenirs. Histoire ‘scientifique’ des études historiques et histoire globale du rapport avec le passé”, en C. Barros (ed.), *Historia a debate*, I, Santiago de Compostela, HAD, 1995, p. 278.